

## Capítulo I: El ángel caído

La roja cucaracha de apenas veinte centímetros se abrió paso como podía por el fango. Sus patas le quemaban e intuía que si no se ponía pronto a salvo, esa agua tan extraña terminaría matándola. Cada pisada le producía punzadas y empezaba a sentir que sus finas patas y antenas menguaban rápida y dolorosamente. Llovía con fuerza, y algo extraño había en la lluvia, algo que la hacía mortal. Los troncos de los árboles, la tierra, el suelo... todo parecía quejarse con un tímido crujido o un breve gorgoteo que se perdía entre el sonido de la lluvia y el siseo del viento. Aquella situación era nueva para la joven cucaracha que llevaba horas zigzagueando presa del pánico.

Por fin divisó un refugio cercano. Una gigantesca y oscura cueva. O eso creyó. Sus sentidos mermaban a cada momento y se encontraba desorientada. Sin pensárselo dos veces emprendió un vuelo frenético en espiral hacia la negrura de la gruta sin saber si sus membranosas alas aguantarían el trayecto. La lluvia comenzó a filtrarse rápidamente por todo su cuerpo. No recordaba haber sentido tanto sufrimiento. Todo su organismo le mandaba mensajes de dolor extremo. Tenía que guarecerse inmediatamente. Reunió todas sus energías y batió las alas como nunca lo había hecho. Como si no hubiera un mañana. Y tal fue la velocidad de su vuelo que al adentrarse en la cueva no se percató de que en aquella oscuridad había algo muchísimo más grande y robusto que ella. El impacto supuso el fin de su existencia. Su cuerpo, que había comenzado a licuarse, se convirtió en una plasta gelatinosa y comenzó a resbalar por trozos hacia abajo.

—Si no fuera porque está empapada en lluvia-fuego saldría a limpiar sus restos a lametones —confesó Yago al otro lado de esa pared invisible: el interior de su vehículo. A pesar de los años en la ciudad, no se había acostumbrado a no comer seres vivos.

Iris se materializó de cintura para arriba en forma de holograma entre él y el parabrisas. Lo miró fijamente, se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—¡Te he dicho que no la llares lluvia-fuego, joder!, ¿qué será lo próximo, decir que soy un espíritu, un fantasma? —vociferó la inteligencia artificial.

—Sí. Y que no podemos escapar de la Tierra porque el Domo no se puede atravesar.

—No tiene ni puta gracia, Yago. Al final te volverás como ellos... —le espetó la, en apariencia, adolescente.

—Sí, claro, y no comeré cucaracha ni conejo ni mosquito y dejaré de ser patrullero y no saldré más de la ciudad.

—Pues, aunque todavía te falte mucho, esa es la vejez que te espera. La que nos espera.

—¿Esto es por Berta? ¿Por si me caso con ella?

Iris no dijo nada e hizo desaparecer su proyección holográfica.

—Oh, venga, vamos... ¿Qué pasa con ella? No es creyente, debe ser la única que no lo es en toda la ciudad, en todo el valle... sin contar a los merodeadores y... —Yago se vio incapaz de pronunciar un nombre.

—¿Y a la gente de Gades?, ¿a Olivia? —inquirió la voz de Iris desde todos los rincones del vehículo.

—Joder, es por eso, otra vez... Olivia dejó claro que no quería volver a saber de mí y no se ha vuelto a conectar en siete años, ¿qué quieres que haga?, ¿deserto y que me den caza para encontrarme con que ya es hasta madre?

—¿Con quién iba a juntarse?, solo nosotros... solo tú podías estar con ella por su... —trató de argumentar Iris, pero Yago la interrumpió.

—Déjalo ya. Te has pasado los últimos años machacándome con que no debía estar solo y lo que pasa en realidad es que echas de menos a Olivia. ¡Joder, a mí también me gustaba Olivia! ¡La quería!, pero ya no está. Berta es simpática, esconde su forma de ser y sus pensamientos, como yo. Llegado el momento hasta podrá conocerte y guardar el secreto. Y tendrás otra amiga.

—No es eso —masculló Iris.

—¿Entonces qué es?

—Nada. Déjalo.

La conversación acabó en aquel instante. Iris puso una antigua canción de más de trescientos años, dejando que llenara el interior del vehículo como un gas que adormecía las palabras hasta exterminarlas. La música le ayudaba a no pensar en el verdadero motivo de su enfado, o más bien, desesperación. Yago no entendía que ella viviría para siempre y que tarde o temprano, entre los muros de Neobética, estaría condenada a guardar silencio eterno para que no la descubriesen, reclusándose en el interior de la pequeña esfera ovalada de cribum que en esos momentos colgaba del cuello de Yago, como si fuera un abalorio común.

Encontraba satisfacción en escuchar concretamente aquella canción llamada *Sleep walk*. Le gustaba percibir cómo los instrumentos formaban una armonía matemática capaz de encontrar orden en el caos. Una fórmula que se reescribía a sí misma al despejar sus variantes para hacer surgir otras y provocar un movimiento continuo, un balanceo de incógnitas.

Yago, sin levantarse, dobló el cuerpo y alargó el brazo hacia el asiento del copiloto para coger su pipa casera y el encendedor de cuerda. Volvió a recostarse, encendió la pipa y dio un par de caladas. Enseguida se percató de que no podía ver bien el paisaje a través del parabrisas manchado de los restos de cucaracha.

—¡Joder! —maldijo mientras se ponía en pie y se dirigía a la parte trasera del vehículo. Abrió un compartimento y la puerta metálica rechinó como si fueran a saltar las bisagras. De allí sacó una garrafa cubierta de polvo con unos arneses para colgarla a la espalda; también llevaba insertada una fina palanca con empuñadura para bombear su interior a través de un largo tubo. La agitó levemente para comprobar que el líquido no estaba cuajado y se la cargó a la espalda.

Dio unos pasos hacia la puerta lateral del vehículo, pero antes de abrirla esperó unos segundos a que terminara la canción. También a Yago le gustaba mucho. Lluvia, música antigua y tranquilidad, ¿qué más se podía pedir?

Al poco, saltó al exterior y miró desconfiado el techo de aquella cueva. Tras unos segundos, se encaminó a la parte delantera del vehículo y se quedó parado, contemplando la lluvia y sintiendo la humedad del ambiente y una ligera e irregular brisa. Una sensación agradable. Inspiró profundamente y dejó escapar un suspiro. Si había algo que odiaba de la ciudad de Neobética —aparte de los neobéticos—, era que allí nunca llovía. Siempre lucía el sol, hasta el punto de que todos llevaban gafas solares. Cada pocos días lanzaban un pequeño cohete a la atmósfera que impedía la formación de nubes, con la esperanza de que ninguna lluvia-fuego —ácida— les afectase. Después de más de cien años, la gran mayoría de los neobéticos no había visto ni sentido la lluvia y algunos empezaban a dudar de la necesidad de privarse de ella. A pesar de todo, tras aquel día, Neobética seguiría siendo una ciudad eternamente soleada aunque no por ello cálida.

Fuera una lluvia ácida o no, Yago prefería estar en aquella cueva antes que en la ciudad. Por eso se hizo patrullero, porque odiaba estar en la ciudad. Por eso y porque confió en que lo destinarían al sur, a la zona de Nueva Gades, como planificó con Olivia. Al final lo destinaron al norte del valle, lo más lejos posible. No le preocupó, ya que Olivia para entonces no quería saber nada de él.

Yago observó un gran charco que se estaba formando en la entrada de la cueva, a escasos metros de donde estaba. Rápidamente se puso delante del vehículo, alzó el brazo derecho con el tubo para poder llegar al alto parabrisas y comenzó a bombear con la mano izquierda a la altura de su cintura.

Hubiese sido mejor que fuera una lluvia normal, con una breve granizada incluida, y contemplarla tranquilamente, sin tener que volver disparado a la ciudad para informar y entregar los datos de los globos sondas. Total, ¿para qué? En el fondo les daba igual lo que pudiera decir una máquina. Sacarían alguna explicación metafísica del tema y a otra cosa. Una señal quizás de que el Gran Diluvio iba a llegar por fin y solo quedarían los habitantes de la ciudad, como venían anunciando desde que se fundó apresuradamente la ciudad estado de Neobética, justo antes del Apocalipsis, la Última Guerra o la Gran Guerra, según a quién preguntaras.

Fuera como fuese, a Yago le daba absolutamente igual que su trabajo no sirviera para nada y que todo fuese un paripé. De hecho, le había terminado gustando. Nunca pensó que pudiera llegar a ser feliz siendo ciudadano y sin la compañía de Olivia. Según la normativa, podía estar hasta cinco días fuera de la ciudad y luego no tenía permitido estar más de dos seguidos en ella. Recogía las mediciones meteorológicas, limpiaba los caminos de troncos caídos y vigilaba que ningún merodeador ni ningún demonio ni criatura infernal avanzase hacia la ciudad. O lo que era lo mismo: fumar marihuana, visitar el mundo virtual de Funland y dormir.

Era el único patrullero que había elegido serlo y el más joven de todos. El resto eran hombres de más de cuarenta años. Familiares de alguien relativamente importante que habían sido castigados a un exilio parcial por algún pecado o crimen que no había salido a la luz para no avergonzar a sus familiares.

Apenas tenía que tratar con ningún otro patrullero, salvo con Ramón de vez en cuando, ya que su área asignada estaba situada entre la ciudad y el área de Yago. Ramón era un alcohólico xenófobo que no dejaba de recordarle a Yago que no había nacido en la ciudad. Por suerte, se lo encontraba pocas veces y, en la mayoría de los casos, simplemente se cruzaban en sus vehículos sin saludarse.

La única persona con la que congeniaba era Berta. Al principio fue solo una voz agradable desde la estación oeste. Pronto se le unieron un cuerpo y un rostro increíbles. Ya había estado con otras chicas, pero Berta era diferente. No se extrañaba por no quedarse embarazada ni hablaba de planes de matrimonio ni comentaba con detalle lo que hacía cada día dentro y fuera del trabajo. Más que hablar, conversaba, y le gustaban tan poco las personas como a él. No era tan inteligente como Olivia, pero Yago se conformaba con que al menos no fuese una pretenciosa ignorante como las demás. No descartaba enviarle la solicitud de matrimonio e incluso, llegado el momento, podría plantearse no tomar el anticonceptivo que había aprendido a fabricar con la ayuda de Iris.

Ya no le interesaba volar ni navegar ni comprobar con sus propios ojos, de manera irrefutable, si la Tierra era redonda o plana. Había perdido la ilusión que tenía de niño cuando soñaba junto a Olivia que descendientes de aquellos que lograron escapar a la Última Guerra volvían y se los llevaban a años luz, donde podrían utilizar todo tipo de tecnologías que de ningún modo estaban prohibidas. Estaba bien donde estaba.

De nuevo en el vehículo, Yago abrió uno de los múltiples compartimentos situados sobre su catre y cogió dos grandes galletas saladas envueltas en un pañuelo. No tenía ganas de calentar agua para prepararse unos tallarines. Se sentó en el asiento del copiloto, colocó los pies sobre la guantera y se puso a observar cómo anochecía mientras mordisqueaba una de las galletas. Aborrecía la comida de Neobética. Todo eran pastas, vegetales y naranjas. Nada de carne. Se lamentó de no haber cazado nada por la mañana. Podría estar disfrutando de un cocido de cucaracha o de un alacrán braseado en lugar de aquellas galletas insípidas, más grandes que la palma de su mano. Comprendía que nadie quisiera comer una rata o una procesionaria porque eran venenosas, pero todo lo demás eran auténticos manjares.

Cuando terminó se sirvió un vaso de agua. Comprobó que apenas quedaban dos litros en el depósito, pero no le dio importancia porque al día siguiente volvería a la ciudad. No tendría que esperar a que el condensador rellenase todo el depósito. Se lo rellenarían allí; después informaría y volvería a salir.

Regresó al asiento del copiloto y apagó la mayoría de las luces para distinguir mejor entre la penumbra del bosque, levemente iluminada alguna vez por un relámpago lejano. Iris seguía en silencio y la música continuaba. Era una de las múltiples listas de canciones que los dos habían confeccionado. Yago supuso que estaría en Funland, criticándole con algunas de sus creaciones y prefirió no molestarla. Las últimas semanas habían estado discutiendo más de lo normal. Cogió su pipa y empezó a fumar calada tras calada mientras tarareaba algunas de las tranquilas melodías en voz baja.

Unas horas después, Yago roncaba en una extraña y aparentemente incómoda postura cuando una alarma comenzó a sonar. Abrió los ojos y brincó sobre el asiento.

—Iris ponme aquí... —Antes de terminar la frase, Iris hizo surgir una pantalla holográfica sobre el parabrisas, con visión aumentada. En una esquina se veían lecturas de bioseñales.

Algo se movía ahí fuera de nuevo. Algo mucho más grande que una cucaracha o incluso que una rata. Fuera lo que fuera, se movía despacio. El radar indicaba que estaba a menos de diez metros, pero no conseguía verlo bien. En unos segundos, Yago descubrió que se trataba de una persona que se tambaleaba en la oscuridad. Llevaba una especie de traje protector, rígido en algunas partes, como una armadura blanca, pero parecía que se derretía, al igual que su cara. Andaba con dificultad estirando los brazos hacia las luces del furgón... Fuese quien fuese, estaba sentenciado. Debía de llevar horas ahí fuera.

Yago pensó que tenía que ser uno de esos ángeles caídos de los que se rumoreaba en la aldea de Nueva Gades. Rumores que no gustaban ser oídos en Neobética. No parecía que fuese a echar a volar, pero llevaba esa armadura, ese traje espacial que Yago había escuchado describir un par de ocasiones. Algunos decían que eran demonios expulsados del cielo, ya que, cuando sorprendían a alguno, salían propulsados hacia arriba a gran velocidad, tratando de volver. Otros decían que eran espías ciborgs de alguna ciudad estado enemiga que también había sobrevivido aislada de la radiación, como el valle. Yago siempre había pensado que, si eran ciertos los rumores, se trataría de algún robot o ciborg defectuoso, solitario y huidizo.

El ángel caído consiguió llegar a la entrada de la cueva, pero tropezó, cayó sobre el gran charco y ya no se movió más. Sus bioseñales pararon en seco en la pantalla. Yago pensó que seguramente, cuando dejase de llover, quedaría una masa gelatinosa como la de la cucaracha. Fuese humano o divino había tenido un final tan dramático como el del insecto.

—¡Es un ángel caído, Yago! —exclamó Iris.

—Eso parece...

Iris comenzó entonces a soltar toda una verborrea de posibilidades sobre lo que aquello representaba, aunque aquel sujeto estuviera muerto. Tantas que Yago se sintió abrumado y dejó de escucharla. Busco su pipa de nuevo y cogió de la guantera un pellizco de un cogollo.

La primera lluvia ácida en más de cien años, un ángel caído, volver a la ciudad antes de tiempo... Necesitaba relajarse, fumar y pensar tranquilo. Mientras siguiera lloviendo, nada ni nadie más podía estar en los alrededores, no habría más sorpresas.

Suspiró y al cabo de unos segundos dio una profunda calada mientras Iris seguía hablando, emocionada. Por un instante creyó ver un centelleo amarillento en la oscuridad y sintió que estaban siendo observados, pero comprobó que el radar no detectaba nada. Iris escrutó los alrededores con atención, estaban solos. O eso pensaron.